

### CAPITULO III.

CONSECUENCIAS DE LA EXISTENCIA DE DIOS CON RESPECTO AL  
ORIGEN Y CERTEZA DE NUESTROS CONOCIMIENTOS.

---

Al entrar en la carrera inmensa que nos hemos propuesto recorrer, el hombre es el primer objeto que debió fijar nuestras miradas. Viéndole colocado al frente de la creación que él domina con su pensamiento, no podíamos ya bus-

car mas alto la luz. Sin embargo, cosa extraña, mientras que le hemos considerado solo, no nos ha presentado mas que tinieblas y contradicciones. Incapaz naturalmente de llegar á la certeza, obligado á dudar de todo y de sí mismo, le arrastra irresistiblemente su razon al pirronismo absoluto; de suerte que su mas noble facultad sería para él una causa de muerte, si no existiese en él no sé qué principio enérgico de fe que le conserva, forzándole á deferir á la autoridad general, regla inmutable de sus creencias, y ley universal del mundo moral; al modo que la atraccion, ó la autoridad del Criador que obra por su voluntad sobre la materia, es la ley del mundo fisico.

Mas, pues que los seres inteligentes no están unidos sino por esta ley, no subsisten sino en virtud de esta ley, luego es conforme á su naturaleza; porque es propio de la naturaleza de los seres subsistir y estar unidos; y á causa de sus relaciones recíprocas, su existencia misma depende de su union. Luego toda filosofia que, en vez de establecer los derechos de la autoridad y recibir dócilmente sus decisiones, las somete á



la razon individual, es contraria á la naturaleza de los seres inteligentes, y camina á destruirlos destruyendo toda creencia, y reduciendo, si puedo explicarme así, el hombre intelectual á aquel estado de la naturaleza bruta á que se ha querido llevar al hombre social; estado de aislamiento, de debilidad, de independencía y de guerra de cada uno contra todos, en que ni aun el hombre físico puede vivir, porque el hombre moral no puede ni formarse en él, ni conservarse.

Y esto nos explica la contradicción aparente que hemos observado entre la razon del hombre que le detiene en la duda, y la inclinación irresistible que le fuerza á creer. Ciertamente la razon, que está también en la naturaleza, ó mas bien, que es la naturaleza misma del hombre, no puede ser naturalmente opuesta á esta inclinación, no puede caminar naturalmente á la destrucción del hombre, ó á su propia destrucción; y si á pesar de esto hemos observado en ella esta tendencia, es, porque al punto que se aísla, se pone en un estado contrario á la naturaleza, y carece de una condición necesaria á su existencia.

Así el desarrollo de la razon, nulo en el individuo separado, desde la primera edad, de la sociedad de sus semejantes, extremadamente limitado en los salvajes, entre los cuales se ve apenas algunos elementos groseros de sociedad, se proporciona siempre al desarrollo del orden social; y la razon del hombre no es mas que la razon de la sociedad cuya parte es, así como la razon de la sociedad no es mas que su civilización, de donde resulta la unión mas ó menos perfecta de sus miembros; y he aquí porque, cuando el hombre, rompiendo esta concordia, principio de su fuerza y vida, quiere rehacer la sociedad con su razon individual, todo perece, tanto la sociedad como el hombre mismo.

¿Y cómo podemos sorprendernos de esta dependencia mútua de los espíritus, cuando vemos en el universo, por todas partes una dependencia igual, cuando no descubrimos en él algun ser que no tenga relaciones con los seres de la misma especie y con todos los seres, ninguno que pueda *vivir solo*, y en fin, cuando en todas partes la ley general de la autoridad ó de la necesidad, que es la autoridad para los brutos, los conserva



uniéndolos segun las leyes particulares derivadas de su naturaleza?

Lejos pues de sorprendernos de que nuestra razon, limitada á sí misma, no encuentre en sí mas que incertidumbre y duda, debemos ver en esta extincion de la verdad y de la vida la consecuencia necesaria de un gran desórden, y la ejecucion horrorosa de la sentencia de muerte pronunciada por la naturaleza contra todo ser que, lisonjeándose de una total independecia, se separa de la sociedad á que debe pertenecer. Pero restablézcase el órden, pónganse en relacion las inteligencias, la ley de su existencia se manifiesta al punto; porque para ellas, vivir es creer: y el primer fenómeno de la vida intelectual en todos los pueblos, el mas general, el mas constante, es la creencia de un Dios, causa universal y última razon de todo cuanto existe.

Esto supuesto, deliberar solamente si se creerá que existe, mantener indecisa esta verdad excelsa, hacerse juez, es hacerse superior á todas las sociedades y á todos los siglos, es recusar la razon humana en el momento mismo en que se apela al racionio.

Dios existe, porque todos los pueblos atestiguan que existe; Dios existe, porque ni aun es posible al hombre pronunciar que no existe, porque negándose á creer en él por el testimonio universal, pierde el derecho de afirmar cosa alguna.

No nos hablen ya pues de objeciones estos espíritus soberbios, que no saben mas que arrancar de sus fundamentos y sacar de quicio la razon humana, para formarse con sus ruinas un baluarte contra Dios. ¡Cómo puede haber objeciones, donde no hay no digo yo verdad cierta, pero ni aun pensamiento seguro de sí mismo! ¡Objeciones! ¿y de dónde las sacarán? ¿cómo las enunciarán? ¡O insensatos! á nosotros solos pertenece la palabra, porque nosotros poseemos la fe: á ellos el silencio, bajo las ruinas de su inteligencia desplomada.

Mas si nosotros hemos llegado á esta fe sublime, como llegamos á la misma vida por sendas inexplicables y como por una poderosa necesidad de ser, todo va ahora á aclararse, y nosotros descubriremos con evidencia la razon del órden á que la naturaleza nos obligaba á



conformarnos sin comprenderlo. Y aquí es donde en vez de prostituir nuestro espíritu á una contemplacion solitaria de sí mismo, que le enerva y le mata, es preciso elevarnos á aquella alta filosofía que, uniendo lo que nunca debe separarse, la primera causa y sus efectos, Dios y el hombre, parece no ser en su simplicidad fecunda mas que la expansion de una sola idea.

Pretenda lo que quisiere el orgullo, nosotros no tenemos la luz en nosotros mismos<sup>1</sup>: así, cualquiera que se obstina en encontrarla en sí, cae al punto como hemos visto, ú en un escepticismo desesperado, ú en los desvarios lastimosos

<sup>1</sup> *Dic quia tu tibi lumen non es; « No digas ser tu propia luz, » dice San Agustin (Serm. 8, de Verbis Domini). Lo mismo sucede con los ángeles, segun el mismo Padre. « La sabiduría inmutable de Dios, el Verbo que ilumina toda inteligencia que viene de este mundo, es su luz. » Proinde facti sunt participes lucis æternæ, quod est ipsa incommutabilis sapientia Dei, per quam facta sunt omnia, quem dicimus unigenitum Dei filium, ut eâ luce illuminati quâ creati, fierent lux, et vocarentur dies participatione incommutabilis lucis et dei, quod est verbum Dei, per quod et ipsi et omnia facta sunt. Lumen quippè verum, quod illuminat omnem hominem in hunc mundum venientem, hoc illuminat et omnem angelum mundum, ut sit lux non in se ipso, sed in Deo. De Civitate Dei, lib. XI, cap. IX.*

de una ciencia idiota, que destruye el entendimiento para mejor conocerle, y busca en la muerte la razon de la vida. Sepultado en una vasta ignorancia, de la que solo sale por la fe, tiene el hombre sensaciones, pensamientos; y mientras está concentrado en sí mismo, no está cierto ni de sus sensaciones ni de sus pensamientos; el hombre existe, y no está cierto de su ser<sup>1</sup>: esto es, porque no es él mismo la causa, y porque buscar la certeza de nuestra existencia, es buscar su razon que no está en nosotros. De la idea de un ser contingente, nunca se deducirá su existencia actual; y todos los seres finitos ó limitados separados de la primera causa, no podrian adquirir la certeza racional de su existencia, porque la verdad es el ser, y por tanto no hay verdad necesaria sino en el ser necesario. Quite-se á Dios del universo, y el universo no será mas que una grande ilusion, un sueño inmenso, y como una manifestacion vaga de una duda infinita.

Mas luego que conocemos á Dios, todo cam

<sup>1</sup> Véase a Defensa, cap. III hasta IX.



bia, y el universo, explicado por su voluntad y omnipotencia, se une, por decirlo así, á su causa, y se afirma sobre esta base indestructible. Se percibe claramente la razon primera de todos los efectos y de todas las existencias, y las inteligencias creadas, subiendo hasta su origen, se encuentran y reconocen en la inteligencia eterna, de donde todas emanaron.

Allí es, en el principio mismo de la verdad y de la vida, donde el hombre descubre la razon de la ley general de la autoridad, fundamento de la vida intelectual, y único medio por el cual ella puede comenzar y transmitirse.

La vida es la verdad, es Dios; y tan imposible es concebir una inteligencia sin verdad, como una inteligencia que no piense, pues que no se piensa sino en aquello que es, ó en lo que puede ser. Luego para las criaturas inteligentes, vivir, es participar del ser de Dios ó de su verdad; y ellas reciben juntamente la verdad y el

\* Los antiguos lo reconocian..... « El entendimiento divino da la existencia al alma por la comprension de su esencia. Luego consiste la esencia del alma en comprender cualquier cosa

ser, pues que el ser y la verdad son una misma cosa; y si pudiesen darse á sí mismas la verdad, se darian el ser \*. Siendo puramente pasivas en

« que sea, es decir Dios, de quien depende ella. Nuestro SER es  
 « conocer á Dios, porque lo que constituye especialmente el alma,  
 « es la inteligencia divina, en la que ser ó existir es lo mismo que  
 « comprender las cosas divinas por un acto perpetuo. » *Intellectus  
 divinus dat esse animæ per intelligere suum essentielle.*  
*Ergo esse animæ est quoddam intelligere scilicet Deum, unde  
 dependet. ESSE nostrum, est Deum cognoscere, quia præcipuum  
 esse animæ, est intellectus suus, in quo idem est esse,  
 quod intelligere divina actu perpetuo.* (JAMBlich, in *Myster.*,  
 cap. 1.) Dice Bossuet : « Los sentidos no llevan al alma el co-  
 « nocimiento de la verdad, la excitan, la despiertan, la advierten  
 « de ciertos efectos : ella tiene solitud para buscar las causas,  
 « pero no las descubre, no ve los enlaces ni los principios que  
 « dan movimiento á todo, sino por una luz superior que viene  
 « de Dios, ó que es Dios mismo. Luego Dios es la verdad, por sí  
 « misma siempre presente á todos los entendimientos, y el ver-  
 « dadero origen de la inteligencia. Por esta parte es por donde  
 « ella ve, respira y vive. » *Traité de la Connaissance de Dieu  
 et de soi-même*, cap. v, n. 14.

\* Es esto tan evidente, que Voltaire mismo conviene en ello. Dice : « Yo adquiero un conocimiento, pero no puedo dármelo. « Mi inteligencia no ha podido ser su causa; porque es necesario que el efecto se contenga en la causa. Ahora bien; mi primer conocimiento adquirido no estaba en mi inteligencia, no estaba en mí; pues que él ha sido primero; sin duda se me dió « por el que me ha formado, y por el mismo que lo da todo, sea « él quien fuere. » *Action de Dieu sur l'homme. OEuvres de Voltaire*, tom. XL, p. 589. Edic. de Kehl.



tanto que la palabra las fecunda en el seno de la nada, en tanto que derrama en ellas sus primeros pensamientos ó las verdades primeras, ellas no pueden ni inventarlas, ni juzgarlas, ni negarse á recibirlas, porque la vida en su origen es independiente de la voluntad, y porque no es posible haya voluntad donde no hay todavía vida.

Existe pues necesariamente para todas las inteligencias un orden de verdades, ó de conocimientos revelados primitivamente, es decir, recibidos originariamente de Dios como condiciones de la vida, ó mas bien como la vida misma<sup>1</sup>; y estas verdades de fe forman el fondo inmutable de todos los espíritus, el vínculo de la sociedad y la razon de su existencia.

Si pudiéramos cambiar nuestras ideas esenciales, perderlas enteramente, y formarnos otras nuevas, cambiaríamos nuestra naturaleza. El hombre, que tiene facultad de comparar, de combinar las ideas, ó las verdades que tiene re-

<sup>1</sup> « Debemos, » dice Platon, « buscar en todo la *causa divina*, « para asegurarnos una vida feliz, en cuanto lo permita nuestra « naturaleza. » Καὶ τὸ μὲν θεῖον (αὐτίον) ἐν ἅπασιν ζητεῖν κτήσεως ἕνεκα εὐδαιμονοῦ βίου, καὶ ὅσον ἡμῶν ἢ πρὸς ἐνδέχεται PLAT. in Tim. Oper. tom. IX, pág. 583. Edic. Bipont.

cibidas, y de descubrir sus relaciones, está en la misma imposibilidad para inventar una verdad nueva, que lo está tambien el género humano desde su origen, pues no ha inventado alguna. Estas ideas, ó verdades son las mismas en todas las naciones; y no varían, sino cuanto al grado de su desarrollo ú extension ulterior. Unos ven mas, y otros menos, pero todos ven, todos sin excepcion, y no ven mas que lo existente en todas partes, lo que han visto y verán perpetuamente todos los hombres. Disipar la ignorancia no es crear la luz, sino desgarrar el velo que la ocultaba en parte. Sea que brille el sol en un dia sereno, sea que le oculten las nubes en un dia nebuloso, siempre es el sol quien nos alumbra, no hay region alguna privada de su benigna influencia; nunca está totalmente obscurecido. Las tinieblas no están sino en la vista débil, ó en el que voluntariamente cierra los ojos. Dios *ha hecho bien todas las cosas*<sup>1</sup>, y el mal y el error no vienen sino de la voluntad corrompida de la criatura, de su rebeldia contra las leyes, segun las cuales ella misma existe.

<sup>1</sup> MARC., VII. 37.



Así como la verdad es la vida, la autoridad, ó la razon general manifestada por el testimonio ú por la palabra, es el medio necesario para llegar al conocimiento de la verdad ó á la vida de la inteligencia\*; y el hombre no vive con solo pan, sino

\* Los Padres de los primeros siglos insistian mucho sobre este punto, cuando combatian á los filósofos enemigos del Cristianismo. Hacen ver con gran energia la impotencia de la razon, abandonada á sí misma, y la necesidad de una revelacion, que es el fundamento de nuestros conocimientos, y sin la cual no tendríamos ni aun la idea de Dios. Oigase á Origenes: « Lo decimos « pues; sí; la naturaleza humana no puede, entregada á sí misma, ni buscar á Dios como se debe, ni hallarle. Es preciso que « la ayude en sus investigaciones el mismo que es el objeto de « ellas..... Conocemos como vosotros, filósofos, que la esencia de « Dios es inefable. Como vosotros sabemos es difícil á la feble vista del hombre descubrir al Criador de este mundo, que nos cerca. Pero si no decimos como vosotros, que es posible formar en el entendimiento la idea de Dios, de las ideas de todos los demas objetos que son materia de nuestros conocimientos, y acercarse en cierto modo al sumo bien, adoramos al Verbo Dios, que ha dicho: *Nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el hijo quisiere revelársele.* (MATTH., XI, 27.) Así, Dios según nuestro dictámen no puede ser conocido sin un beneficio particular de Dios. Sin este auxilio sobrenatural, decimos, y lo decimos sin restriccion, el conocimiento de Dios excede de infinitamente las fuerzas de nuestra naturaleza; y no solo no podemos llegar á este conocimiento perfecto, que de él nos da el Verbo, sino que no podemos ni aun hallar en nuestras ideas

con toda palabra que sale de la boca de Dios<sup>1</sup>. Luego vive por su verdad, que le comunica haciéndose realmente presente á su espíritu y alimentándole con su substancia, don prodigioso, sacrificio verdadero de amor, cumplido tambien por la palabra, y en el cual descubrimos el origen, la base, la condicion indispensable de toda sociedad; y en efecto Dios no ha podido hablar al hombre sin entrar en sociedad con él, sin revelar le su ser, porque el language mismo no es otra cosa que la expresion general del ser ó del Ser universal; y sin nombrar á Dios, ni aun seria posible hablar, pues que no se puede hablar sin pronunciar ó sin concebir la palabra *es*; y esta palabra maravillosa, el verbo, razon del language, como el Verbo substancial es la razon del Ser infinito, es en el discurso lo que Dios mismo es en el universo, el fondo de donde todo sale\*, el vínculo que todo

« algo que pueda suministrarlos la menor nocion. » ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. VI, n. 42 y sig.

<sup>1</sup> *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.* MATTH., IV, 4.

\* Los paganos mismos lo advirtieron así: « Hasta que el verbo no parece en la frase, no habla el hombre: *mete ruido.* » PLUT. *Questions platoniques*, cap. IX, trad. d' Amyot.



lo une, la luz, la vida, y la expresion propia de la certeza, pues que ni aun hay otro modo de afirmar.

Así el hombre no ha podido existir como ser inteligente, no ha podido hablar sin conocer á Dios, y no ha podido conocerle sino por la palabra. Luego es imposible que la palabra sea una invencion del hombre \*. Y si se quiere otra

\* Este es el parecer de Platon, y es fácil conocer, que lo habia tomado de las tradiciones antiguas, de las que por lo general se apartaba menos que los demas filósofos griegos. « El poder que ha impuesto los primeros nombres, » dice, « es superior al poder humano..... Los Dioses impusieron los primeros nombres y en esto consiste que son verdaderos. » — *Μεῖζω τινὰ δύναμιν εἶναι ἢ ἀνθρωπιάν τὴν θεμενὴν τὰ πρῶτα ὀνόματα τοῖς πράγμασιν. Ὅτι τὰ πρῶτα ὀνόματα διὰ θεοῦ ἔτεσαν καὶ διὰ ταῦτα ὀρθῶς ἔχει.* (PLAT. in *Cratyl.*) Estas últimas palabras no son mas que la traduccion de una máxima de Zoroastro, adoptada por la escuela de Alejandria, y tomada de entre los oráculos caldaicos. « No cambies los nombres bárbaros; porque Dios ha dado á cada cosa su nombre, y estos nombres tienen una secreta virtud en los sagrados misterios. »

*Ὄνόματα βάρβαρα μήποτ' ἀλλόξῃς,  
Ἔστι γὰρ ὀνόματα παρ' ἐκόστοις θεόδοτα  
Δύναμιν ἐν τελετοῖς ἀρρήτων ἔχοντα.*

(*Oracula Zoroastr. ap. Clerici, Philos. orient.*  
lib. IV, tom. II. *Oper. philos.*, pág. 528).

Las lenguas no han podido inventarse progresivamente y por

prueba tomada de su naturaleza particular, obsérvese, que atendida la ligazon intima de las dos substancias, el pensamiento, como todas las demas operaciones humanas, tiene sus órganos propios; de modo que á cada pensamiento corresponde una cierta modificacion del cerebro, por consiguiente alguna cosa sensible, tal como la palabra, que ya sea oral ó pronunciada, ya sea escrita, tiene relacion con muchos de nuestros sentidos. Luego una idea sin expresion seria

decirlo así pieza por pieza. Todas las partes esenciales del discurso han debido existir simultáneamente, sin lo que, estas lenguas incompletas no hubieran podido *hablarse*, ni, por consecuencia perfeccionarse. Así es que las lenguas mas antiguas, no son inferiores, en modo alguno, á las inventadas despues. Nos parece además reconocer en ellas una superioridad real. Ninguna lengua moderna, ni el latin, ni el griego, no puede compararse con el hebreo, la mas concisa de las lenguas, como tambien la mas fecunda y la mas clara en medio de su concision. Qué número prodigioso de combinaciones no supone el solo mecanismo de los elementos necesarios del language. Ahora bien, antes de combinarlos debian existir, debian haberse inventado, y ¿cómo hubieran sido inventados, si no se hubieran echado de ver antes las relaciones, ó las combinaciones, mediante las cuales vienen á ser la expresion del pensamiento? Por esto confiesa Rousseau que *la palabra le parece haber sido muy necesaria para inventar la palabra*. En suma el inventor del language hubi'ra inventado la razon humana.



una idea que no formaria imagen (ó no dejaría rastro) en el cerebro : que no afectaría el órgano del pensamiento ; lo que es contradictorio. Nos representamos los objetos sensibles con el auxilio de sus imágenes ; las palabras son las imágenes de las ideas.

Luego el hombre en fuerza de su naturaleza , siendo ser corporal é inteligente , no puede pensar sin palabras , como no puede ver sin luz \* ; luego no ha podido inventar la palabra , pues que esta invencion supone ideas preexistentes , la necesidad , y tambien el medio de comunicárnoslas. Luego ha sido necesario que recibiese de una vez las ideas y las palabras , porque siendo estas de institucion arbitraria , no despiertan necesariamente por sí mismas ninguna idea , como se ve todos los días de pueblo á pueblo por la diversidad de las lenguas.

Así el pensamiento y la palabra han sido revelados simultáneamente ; y como todas las verda-

\* Acerca de la imposibilidad de que el hombre haya inventado el lenguaje. véase la excelente disertacion de M. de Bonald : *Recherches philosophiques*, tom. I.

des están en Dios , que las conoce ó se conoce á sí mismo , por su pensamiento , su inteligencia , cuya eterna manifestacion es la palabra substancial , el Verbo <sup>1</sup> ; la palabra exterior no es mas que el medio de comunicacion entre nuestra inteligencia y la Palabra divina ó la Verdad esencial ; y ya sea que subamos al origen del género humano , ya sea que consideremos separadamente cada individuo , la palabra , el Verbo es verdaderamente y en todos sentidos , *la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo* <sup>2</sup> , y *el soplo de vida que anima su inteligencia* <sup>3</sup>.

Mas para presentar con su plena evidencia la gran ley de la autoridad , y reducirla á un hecho palpable ; ¿quién duda que el hombre haya recibido , en el momento que salió de las manos del Criador , cuanto le era necesario para conservarse

<sup>1</sup> *Deus existens, ex se existens Verbum habet : neque Verbum supervenit, cum prius non esset; neque Pater unquam irrationalis, hoc est, sine ratione et verbo fuit. S. ATHANAS. Orat. II contr. Arianos, n. 26.*

<sup>2</sup> *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. JOAN., I. 9.*

<sup>3</sup> *Et inspiravit in faciem ejus spiraculum vitæ, et factus est homo in animam viventem. Gen. II, 7.*



y perpetuarse como ser inteligente, del mismo modo que como ser físico \*? Luego tambien el pensamiento, luego la verdad, luego la palabra necesaria al menos para comunicar el pensamiento y transmitir la verdad, herencia noble de la vida substituida á todas las generaciones humanas; y esta primera revelacion, explicándonos nuestra existencia, que sin ella seria incom-

\* No se reflexiona lo bastante sobre la multitud de cosas que nos es necesario saber para conservarnos; y las que por consecuencia Dios ha debido revelar al primer hombre. No percibe la razon cosa alguna con mas claridad, que la necesidad de esta revelacion primitiva, y no hay tampoco otra tradicion mas universal. Los autores de la raza humana, recibieron inmediatamente del Criador todo lo que nosotros recibimos de nuestros padres y de la educacion; y esto no pudo menos de ser así. « Sabemos en efecto por los escritos de Moises, » dice Origenes, « que los primeros hombres conversaban familiarmente con Dios, y que les enviaba muchas veces sus ángeles. Era propio de la bondad y aun de la justicia de Dios, vigilar especialmente sobre la seguridad del hombre, hasta que la invencion de las artes y el progreso de los conocimientos le hubiese puesto en estado de defenderse por sí mismo, y de no necesitar el apoyo de los ministros del cielo. » (ORIGEN. *contr. Cels.*, lib. IV, n. 80.) Segun Clemente de Alejandria, era tan originalmente natural al hombre conversar con los seres celestes, como el existir. Εμφυτον πρὸς τὸν οὐρανὸν κοινωνία. CLEM. ALEX. *Protrept.*, p. 21. Ed. Oxon.

preensible, explica tambien nuestra inteligencia, y nos muestra el fundamento en las verdades esenciales recibidas de su origen, é invenciblemente creidas por el testimonio de Dios, cuya autoridad viene á ser de este modo la base de la certeza, y la razon de nuestra razon.

Dios no se lo dirá todo al hombre, pero le dirá todo lo que es necesario que sepa, y que no puede aprender sino de él. Le revela lo primero su ser; sin esto, tanto el pensamiento como la palabra serian imposibles; le revela las relaciones que hay entre él y Dios, entre él y sus semejantes, porque debe vivir en sociedad con Dios y con sus semejantes, y ni aun puede vivir sino en esta sociedad; y aquí se ve la razon de esta sentencia profunda del Evangelio: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demas se os dará como por añadidura*<sup>1</sup>. El reino de Dios es la sociedad de las inteligencias de que es monarca; y su justicia es el orden ó la realizacion de la verdad. He aquí lo único necesario<sup>2</sup>. Lo

<sup>1</sup> *Quærite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus; et hæc omnia adjicientur vobis. MATTH. VI, 33.*

<sup>2</sup> *Porrò unum est necessarium. LUC. X, 42.*



demas que no tiene relacion sino con los órganos y con un punto imperceptible de nuestra existencia, se nos ha dado por añadidura. El mundo físico, poco digno de ocupar el pensamiento, y menos todavía de fijar el amor de una criatura que conoce y contempla á Dios, marcha sin nuestro concurso y provee á nuestras necesidades segun leyes invariables, como si el Todopoderoso le hubiese prohibido turbar en sus altas funciones el ser que hizo á su imágen; y tal es la grandeza del hombre, que el universo todo ha sido abandonado como un juguete, á sus disputas<sup>1</sup>.

Mas la verdad, Dios, no se ha revelado al hombre para solo ser el objeto de una contemplacion estéril. Si el hombre, activo por su naturaleza y sujeto á obligaciones como ser social, conoce, es para obrar, por consiguiente para amar, porque el amor es el principio natural de accion. La verdad nace en el entendimiento por la palabra; mas una vez conocida, produce el amor, que determina los actos con que concur-

<sup>1</sup> *Mundum tradidit disputationi eorum.* Eccles. III, 11.

rimos libremente á la conservacion del orden de la sociedad establecida entre Dios y nosotros, y entre nosotros y los demas hombres. Hay pues verdades ó una ley moral escrita en el corazon; verdades que se llaman de sentimiento, no porque este sea el principio de ellas, sino porque es su efecto, porque ellas son á un tiempo y por una especie de union substancial, luz en el espíritu y amor en el corazon. Todas las verdades que deben arreglar inmediatamente la conducta son de esta clase; luego son verdades sociales, y no otra cosa que verdades sociales; los errores opuestos son tambien en el corazon que depravan por el odio, principio de desorden y destruccion.

No nos sorprendamos pues de que el sentimiento de la Divinidad, del bien y del mal, de lo justo ú injusto, se encuentren siempre en todos los pueblos. Ellos no han podido existir como pueblos, ni el hombre mismo puede existir como ser moral é inteligente sin conocer á Dios, por consiguiente sin amarle como bueno, ó sin temerle como poderoso; y este temor y este amor han debido necesariamente manifestarse por una accion social, ó por el culto, cuya esen-